

## **“EXPLICACIONES DE LA VIOLENCIA: VÍAS CIEGAS PARA LA INTERVENCIÓN”**

---

**Florentino Moreno Martín**

### **RESUMEN:**

No existen datos objetivos para afirmar que el nivel de violencia crece imparable en nuestra generación, pero si aumenta la sensación de que hemos de acostumbrarnos a un nivel alta de agresión cotidiana ya que la violencia es inevitable e incluso eficaz para obtener los bienes que se ofrecen como metas deseables. El autor pretende reflexionar sobre la aplicabilidad de las teorías más populares sobre la violencia y acaba planteando tres reflexiones sobre los posibles caminos para el investigador preocupado por la posibilidad remota de reducir los niveles agresivos a un grado soportable.

### **PALABRAS CLAVE:**

Violencia, agresión, aplicación, modelos

### **SUMMARY :**

Do not exist objective data to assert that the violence level grows unstoppable in our generation, but increases the sensation of the fact that we have to get used to a high level of daily aggression since the violence is unavoidable and even effective to obtain the goods that are offered as desirable goals. The author intends to reflect on the possibilities of application of the most popular theories about violence and finishes outlining three reflections on the possible ways for the researcher concerned about the remote possibility of reducing the aggressive levels to a bearable degree.

### **KEY WORDS:**

Violence, aggression, application, models

---

1) Profesor de Psicología Social Universidad Complutense de Madrid

Cada generación considera que el nivel de violencia al que han llegado sus conciudadanos es insufrible y difícil de superar por las generaciones futuras. La nuestra no tiene nada de original al vivir en la contradicción de una supuesta repulsión formal hacia los fenómenos violentos y una práctica cotidiana que los ensalza y los convierte en uno de los instrumentos más eficaces para obtener los bienes que se ofrecen como metas deseables.

A pesar de la preocupación de distintas autoridades mundiales y de ser tenida como uno de los principales problemas de salud pública en determinadas zonas del mundo (véanse OPS, 1993 y Franco 1990), no existen datos globales objetivos para afirmar que el nivel de violencia entre los hombres crece imparable, sí aumenta la sensación de que hemos de acostumbrarnos a convivir con un elevado nivel de agresión en todos los órdenes de nuestra existencia. Esta percepción, que parece haber calado en la mayor parte de la población, no se ve contrariada, ni siquiera amortiguada, por las investigaciones de los científicos. Mientras que frente a otros problemas graves como la movilidad de los discapacitados, la escasez de alimentos o la producción de energía, el pensamiento científico trabaja con hipótesis esperanzadoras que permiten al menos la ilusión de cambios transformadores; en el caso de la violencia, la comunidad científica se ha instalado en una inercia fatalista: puesto que la violencia es inevitable canalicemos los impulsos agresivos, castigemos civilizadamente a los que la empleen fuera del ordenamiento jurídico imperante, reinsertemos a los que se arrepientan de su uso, pero sobre todo protejámonos de la hostilidad exterior dotándonos de una fortaleza amenazante que inhiba cualquier tentación de acercarse a nosotros con propósitos agresivos.

En los últimos años he estado dedicado al estudio de la socialización bélica (véase Moreno, 1991a), esto es, el proceso por el que interiorizamos el conjunto de valores, actitudes y disposiciones conductuales que hacen que nuestra participación en los procesos de violencia colectiva sea casi una mera cuestión de trámite cuando nuestro grupo de pertenencia o referencia se ve implicado en hostilidades violentas. Sin compartir el optimismo de algunos autores decimonónicos que auguraban que en el siglo XX matar a un hombre será considerado algo tan horrible como nos parece ahora el canibalismo, mi ilusión al comenzar mis investigaciones era que conociendo las bases de la conducta violenta, podrían diseñarse planes de acción para reducirla considerablemente, que fueran más allá de la simple represión de quienes transgredieran el Código Penal vigente.

Soy consciente de que no era un propósito nada novedoso. El deseo de que descienda el nivel de violencia está casi tan generalizado como la justificación que se hace del empleo de métodos agresivos cuando de una u otra forma nos vemos inmersos en algún episodio violento.

Habitualmente frente a un problema, más cuando está tan generalizado y tiene unas consecuencias tan funestas como el que nos ocupa, sole-

mos apoyarnos en las reflexiones y conceptualizaciones que han aportado antes quienes se le han enfrentado. Las teorías, incluso las hipótesis que no están totalmente refutadas, nos ayudan a buscar vías alternativas de solución. ¿Sucede así con el caso de la violencia?. Desde mi punto de vista buena parte de las explicaciones teóricas al fenómeno que nos ocupa, casi todas brillantemente elaboradas, nos llevan, cuando se intentan instrumentalizar en forma de aplicaciones concretas, a las vías ciegas de la resignación o el desaliento (véase Moreno y Jiménez, 1992).

Como invitación a la reflexión y al debate quisiera exponer en este artículo, no las críticas metodológicas o epistemológicas a las teorías más populares sobre la agresión y la violencia, labor que ya se ha hecho numerosas veces (véanse por ejemplo Riches, 1988 y Lambert, 1989) sino las dificultades que se puede encontrar quien pretenda utilizar estas teorías como referencia para poner en marcha planes de acción contra la violencia.

*La violencia siempre es mala, la agresión sólo a veces.*

Comencemos por la propia definición conceptual de los dos términos que se han venido utilizando anteriormente casi como sinónimos: violencia y agresión. Ambos entrañan connotaciones negativas, pero curiosamente, existe una tendencia en la mayor parte de escritos, a demonizar la violencia y a relativizar la maldad del término agresión: ser agresivo no es del todo malo, pero sin llegar a la violencia. El razonamiento según el cual la agresión es una energía inmanente que se expresa en las más diversas formas individuales y colectivas de autoafirmación (Hacker, 1973, p.95), constituye una de las primeras vías ciegas de las que quiero hablar.

Aunque en el lenguaje habitual de las Ciencias Sociales, se tienda a equiparar violencia y agresión, desde una perspectiva etiológica lo violento es el acto, la acción. Para hablar de agresividad al acto objetivo debemos sumarle la intención, o si se quiere, la connotación del mismo. (Sobre la necesidad de incluir la intención para hablar de conducta agresiva puede consultarse Buss, 1969 y Berkowitz, 1976).

Violento es un golpe de mar, las maquinaciones de un dentista o la actividad del leñador. Debemos entender que la violencia es consustancial a la acción, a cualquier tipo de acción de la naturaleza. El exceso de fuerza es incluso un requisito de lo vivo, una premisa para que las cosas cambien. Probablemente por eso sea tan atractiva. Se trata de una vía directa, poco elaborada, de relación con el entorno. Si en algo nos distinguimos de otros animales es precisamente en saber utilizar vías alternativas a las que se nos presentan como obvias, simples e inmediatas. Necesitamos mover una piedra para alcanzar un objetivo alimenticio o de protección y en lugar de utilizar el recurso de la violencia (violentar es actuar con ímpetu, con fuerza excesiva) inventamos la máquina. Es menos inmediato pero más eficaz a largo plazo.

Aunque no es una cuestión central, sí tiene cierta importancia metodológica el asumir que cierto grado de agresividad es necesaria mientras que cierto grado de violencia es intolerable.

### *La complejidad paralizadora*

Una de las principales vías ciegas en cuanto a la implementación de programas, acciones o recursos para reducir el nivel de agresividad, es el que podríamos llamar *ruido de la complejidad causal*. Es difícil encontrar un manual de cualquiera de las disciplinas cercanas al tema que nos ocupa (Psicología, Sociología, Antropología, Psicología Social, Psiquiatría, etc) que no inicie su exposición con la advertencia del riesgo reduccionista que implicaría tomar la agresión como algo simple que tenga un único origen o una única explicación. Siendo loable la advertencia, y sabia la vía antireduccionista, lo más usual es que la prudencia se convierta en laberinto interpretativo en el que no faltarán las llamadas clásicas explicaciones de la violencia atendiendo a su origen instintivo (etología, parte del psicoanálisis, etc) o ambiental (grupo de Yale, aprendizaje social, etc); los distintos niveles en los que se presenta (biológico, psicológico, sociológico, cultural...) y las diferentes formas de agresión en función de las más diversas variables (Véanse Valzelli, 1983 y Wilson, 1975).

A la diferenciación por culturas y las posibles influencias de variables biológicas como la testosterona, el famoso síndrome XXY, etc y ambientales como el calor, colores vivos, etc (véase Myers, 1993), se ha sumado en los últimos años la corrección política, con lo que es extraño el artículo o libro que no haga una seria advertencia sobre la necesidad de distinguir claramente los distintos tipos de violencia para no etiquetar incorrectamente como más violentos a determinados grupos, colectivos o entidades sociales. No existe por tanto la violencia *juvenil*, los varones no *son* más violentos que las mujeres, no es el fútbol lo que provoca la agresividad, no es el mensaje ideológico de una determinada doctrina lo que violenta a sus seguidores, etc, etc. Cada episodio de violencia debe ser estudiado en sus límites concretos sin generalizar ni utilizar unas explicaciones como apoyo de otras. Cuando en los episodios violentos que se pretenden analizar entran las instituciones, como en el caso de la guerra, el terrorismo, etc, el *ruido causal* se convierte en ensordecedor.

Como cada una de las explicaciones, tipologías, etc, tienen su fundamentación teórica y no faltan ejemplos que las avalen, el lector o el ciudadano, con mayores o menores deseos de intervenir o con más o menos posibilidades de implementar acciones a distintos niveles, se ve preso del desánimo y opta por resignarse a que si tantos son los factores que influyen en la conducta violenta, demasiado bien estamos con el nivel que tenemos. Resultado: parálisis en la innovación, en la reflexión imaginativa e intensificación de las vías tradicionales que aunque se muestran ineficaces, al

menos nos permiten pensar que algo se está haciendo: más cárceles, más policías, llamadas a la responsabilidad de los padres, etc.

### *El imperativo biológico*

Las explicaciones que más éxito han tenido fuera de los círculos académicos son las que sitúan el origen de la agresión en la propia biología humana: ya sea como una necesidad, como un impulso de base genética o como una pulsión orientada a una forma de acción. Las generalizaciones que se han hecho a fenómenos de conducta colectiva como la guerra han alcanzado hasta a los idearios de organismos como la UNESCO, quien en su carta fundacional argumentaba que las guerras están en las mentes de los hombres y es ahí donde debemos evitarlas (Véase UNESCO, 1986).

El éxito popular de las explicaciones innatistas está dentro de la lógica en las que se mueven actualmente las relaciones entre ciencia y sociedad. A medida que aumenta la desconfianza en las posibilidades sociales, de interacción humana, crecen las expectativas respecto a lo que puede ofrecernos la genética y las modificaciones biológicas en cualquiera de sus facetas: química, quirúrgica, etc.

Si la ininterrumpida presentación de los fenómenos agresivos a lo largo de la historia nos lleva a la conclusión de que es la base genética la que controla la conducta violenta; y si además, comparándonos con otros animales, los científicos nos aseguran que, lejos de ser negativa, la agresión cumple unas funciones naturales básicas para la especie (control demográfico, demarcación de territorio, etc), es lógico que las esperanzas de los ciudadanos se concentren en los laboratorios antes que en los hogares, las aulas o los centros de trabajo.

Con el mismo entusiasmo que a principios de siglo buscaba Lombroso en los cráneos de los mendigos potenciales delincuentes, determinados científicos buscan, todavía, las explicaciones genéticas de nuestra conducta violenta en los abrevaderos de los roedores. La explicación de la conducta social a partir del determinismo genético es una vía ciega ampliamente analizada y criticada con argumentos de peso. Véanse por ejemplo Montagu, (1978) o Genovés (1991).

### *Luchemos contra los impulsos. Desahogémonos civilizadamente*

En los años 60 y 70, en pleno auge de los movimientos de liberación sexual, las protestas antibelicistas y la aparente llegada del fin del mundo por la competencia nuclear; cuando las librerías del llamado "mundo occidental" estaban repletas de ensayos sobre la condición humana de autores marxistas, psicoanalistas, existencialistas, cristianos... o cualquier mezcla de los anteriores, tomó fuerza la idea de que la agresividad era un impulso que, aún partiendo del interior, podía ser controlado por dos vías: la

primera, la que defendían algunos psicoanalistas no ortodoxos, para quienes la agresión era una respuesta anormal al impulso sexual reprimido. La solución caía por su propio peso: desarrollo no represivo de la sexualidad ("haz el amor y no la guerra", "la persona agresiva tiene una vida sexual lamentable", son dos máximas que hicieron época). La segunda idea que caló profundamente fue la que se condensa en la propuesta de Freud a Einstein sobre el control de la violencia colectiva: el impulso agresivo es una realidad psicológica, lo único que podemos hacer es desviarlo hacia conductas menos perniciosas que la guerra (Freud, 1932). Con una base empírica diferente la Etología del entorno de Lorenz llegaba a las mismas conclusiones. Véanse Lorenz (1969) y Eibl-Eibesfeldt (1977).

Si para explicar el complejo mundo de la interacción social admitimos la existencia de impulsos orientados directamente a realizar determinadas conductas sociales (ya sea el sexo en cualquiera de sus variantes culturales, o la agresión en cualquiera de sus múltiples formas), y si utilizamos este argumento como explicación de los fenómenos violentos, nos veremos abocados a una nueva vía ciega en la interpretación de la conducta violenta de cara a la intervención sobre la misma. No se trata tanto de criticar la veracidad de la hipótesis de los impulsos. Supongamos que la admitiéramos ¿cómo deberíamos actuar para reducir la violencia? ¿modificando los parámetros de conducta sexual, intrínsecamente unidos a cada una de las culturas, y elemento central de las mismas? ¿desviando el supuesto e irrepresible impulso agresivo hacia actividades competitivas no tan agresivas? ¿Acaso no conocemos los resultados de estas derivaciones?. Sobre las consecuencias agresivas de la conformación de grupos orientados a metas no violentas hay abundante verificación experimental (véanse por ejemplo Sherif 1951 y 1967 y Moreno, 1993).

Se han ensayado, y se siguen investigando, alternativas individuales para aquellos en los que, siguiendo la teoría biologicista, el impulso agresivo constituiría un peligro para la supervivencia propia o de sus semejantes. De los tranquilizantes a la lobotomía hay un amplio abanico de propuestas para acabar con los impulsos agresivos (tratamientos hormonales, castración química, todo tipo de terapias psicológicas, etc). No obstante, la gran aspiración contemporánea no es la *curación* del individuo agresivo, sino la prevención biológica de la agresión. Es raro el programa de divulgación en el que el hábil periodista no pregunte al científico "¿para cuando la vacuna contra la violencia?".

### *Dejemos libre el escape de la caldera agresiva*

A partir de sus observaciones en animales, Lorenz (1969) plantea que en el hombre la agresión es una fuerza instintiva que actúa según un modelo hidráulico, esto es, según se va acumulando va provocando una tensión que ante determinados estímulos se va descargando. Carga y des-

carga serían pues procesos ininterrumpidos.

El modelo hidráulico, relacionado directamente con las teorías homeostáticas de la motivación y con los postulados de la segunda teoría de los instintos freudiana, ha tenido un gran éxito como orientador de las explicaciones sobre la violencia individual, social y política. Ha sido dado por bueno no sólo por teorías innatistas. También otras explicaciones lo incluyen en la base de su razonamiento: por ejemplo la famosa hipótesis de la frustración-agresión, de la que hablaré más adelante, o la usual justificación politológica de la mayor parte de las guerras ("la situación era insostenible", "el pueblo X tenía que estallar", etc). En este sentido es muy interesante el pedagógico análisis que Bouthoul (1971) hace de las explicaciones de la guerra.

En su aguda comparación etológica, Lorenz observa una diferencia entre los hombres y otros animales. Estos, descargan la energía agresiva en las funciones imprescindibles para su supervivencia (alimentación, cuidado de las crías, etc). Cuando se dan conflictos no directamente vinculados con el mantenimiento de la vida (especialmente los conflictos entre los miembros de la misma especie) la mayor parte de los animales desarrollan actividades rituales genéticamente determinadas (cambio de imagen corporal, sonidos, etc) que hacen casi siempre innecesaria la eliminación del contrario. La conclusión que Lorenz saca de estas premisas es obvia: puesto que nuestra especie no trae incorporadas las prácticas rituales disuasorias para superar los conflictos y sí el instinto agresivo, utilicemos los mecanismos del aprendizaje para que el ser humano descargue la caldera de la agresión de forma no letal.

El modelo hidráulico de acumulación de la energía agresiva, es aparentemente tan verificable y cargado de razón (quién no ha sentido cómo va aumentando su agresividad y el alivio que se experimenta tras una discusión o una descarga violenta) que es difícil oponerse a su razonamiento. Más difícil aún cuando algunos autores (Kendell, 1973) aportan datos complementarios en el sentido de que la energía agresiva si no se manifiesta hacia el exterior lo hace hacia el interior (a más matanzas menos suicidios, a menos discusiones más depresiones).

La vía ciega de este razonamiento hay que buscarla en su propia raíz y está relacionada con la primera reflexión de este artículo. Es evidente que, independientemente del peso que se le quiera dar al componente instintivo en la explicación de la conducta, tan reduccionista es la visión del hombre como un imperfecto orientador de impulsos determinados genéticamente, como la del hiper-racional ciudadano en el que la biología no supone más condicionante que la incomodidad de cargar con un cuerpo. En el devenir cotidiano, en la interacción de los factores biológico, psicológico, social y cultural del que tantos autores han hablado (Sorokin, 1947), la estructura biológica y el aparato psíquico acumulan y descargan permanentemente tensión, energía. ¿Por qué se identifica esta energía, esta activa-

ción, esta tensión a veces violenta (con una fuerza excesiva), con la agresividad? ¿no será porque la práctica cotidiana, el hábito, y la funcionalidad inmediata, han hecho que la forma habitual de retornar a cierto equilibrio biológico y psíquico sea descargar la tensión de forma agresiva?

Existen en el campo de la Psicología distintos experimentos que arrojan evidencias que permiten salir de la vía ciega del pesimismo conductual que identifica activación/tensión con descarga agresiva. Cuando en situaciones no institucionalizadas una persona o grupo es sobreexcitado con cualquier tipo de estímulos, su reacción conductual tiende a imitar a la de la persona o grupo que inicia cualquier conducta. Cuando estamos sometidos a una fuerte activación, sobre todo cuando no somos conscientes de su causalidad inmediata (véase por ejemplo Schachter, 1962), el aparato psico-biológico nos obliga a actuar, pero no necesariamente a agredir, que es una forma concreta de acción, pero no la única.

Si la agresión humana fuera un requisito de la naturaleza, si nuestro cuerpo fuera una batería que se va cargando de energía agresiva que es preciso descargar para que sus efectos no sean demasiado perniciosos, la flexibilidad que el ser humano ha demostrado en su construcción antropológica no sería más que un espejismo.

#### *Haciendo lo que se aprende, aprendiendo lo que se hace*

Entre los postulados ambientalistas que más vías dejan abiertas a la intervención, destacan las teorías del aprendizaje social que tienen en Albert Bandura (1973) su referencia fundamental. Es sobradamente conocida la argumentación básica de la que parten estas teorías: además de por el refuerzo directo de conductas explícitas, aprendemos contemplando la conducta de modelos observados en cualquier medio (véase Bandura y Walters, 1974).

Las posibilidades de acción que en principio presenta esta teoría son ilimitadas. De hecho, la mayor parte de programas de investigación sobre la violencia de los últimos años la toman como referencia (por ejemplo OPS, 1996). En la práctica, cuando se han intentado implementar programas de reducción de la violencia por medio de la presentación de modelos alternativos no violentos en los medios de comunicación, siempre se ha caído en un debate circular en el que aún nos encontramos: por un lado los psicólogos y pedagogos alertando de las nefastas consecuencias de la presentación de modelos agresivos; por otro los publicistas, programadores de televisión, guionistas, etc, argumentando que si la violencia está presente en los medios de comunicación es porque la gente demanda su presentación pública. Sobre las relaciones Televisión-violencia pueden consultarse los estudios pioneros de Milgram y Shotland (1977) frente a los de Comstock et al, (1978).

Dos son las posibilidades que considero necesario contemplar para

la superación constructiva de este debate. Por un lado parecería oportuno que se investigaran con más profundidad las razones del atractivo de la conducta agresiva, pasando de la resignada alusión a la supuesta morbosidad humana, a un análisis riguroso de los elementos colaterales a la presentación de las conductas agresivas (acción, posibilidad de cambio, transgresión de la costumbre, sensación de poder, vinculación afectiva al grupo,...). Una interpretación creativa de estos elementos podría ser fuente de ideas para la atracción del espectador. La segunda propuesta es la de reabrir el debate sobre el consumo infantil de medios de comunicación, especialmente de televisión. No el debate en los términos actuales en los que hay un consenso abrumador sobre la necesidad de su consumo racional, con los padres como censores e interpretes constantes de las imágenes, sino el debate sobre si es recomendable su supresión radical, al menos en los primeros años de vida del menor.

#### *Por la paz contra la frustración*

*Toda conducta agresiva presupone siempre la existencia de una frustración, y a su vez, la existencia de la frustración siempre conduce a alguna forma de agresión* (Dollard et al 1939). Siempre que tengo que explicar la función que las hipótesis cumplen en la investigación social acudo a la más exitosa de todas ellas, la que formulara hace tanto tiempo el grupo de Yale. A pesar de tratarse de un modelo básicamente psicosocial, no apoyado en ninguna tesis innatista, se trata de una proposición determinista que vuelve a acudir al símil hidráulico en la explicación de la conducta agresiva, con la diferencia de que ahora esta energía se acumula a partir de experiencias externas.

La vía ciega a la que nos lleva este argumento, tan cargado de verificaciones empíricas experimentales y con tantas variaciones argumentales (véanse Baron, 1977 y Berkowitz, 1978), es evidente cuando queremos pasar a la intervención. Si definimos la frustración, siguiendo al grupo de Yale, como aquel estado o condición que se produce cuando se impide a un individuo realizar una respuesta buscada como objetivo; podemos entender la imposibilidad de que desaparezca la misma. La conducta humana es una sucesión de actos para conseguir objetivos explícitos individuales o implícitos (determinados por la cultura), que frecuentemente se ven interrumpidos, más en una sociedad como la nuestra con un sentido ilimitado del desarrollo personal (aparición física, poder, recursos, reconocimiento social, etc).

Muchos autores han hecho profundas reflexiones y verificaciones empíricas sobre la teoría. Además de la necesidad de distinguir entre frustración y privación (Berkowitz, 1972), las principales críticas se centran en la imposibilidad de no ver alguna frustración en aquel que agrede (ya sea individuo o grupo), lo que además supone un peligroso camino autojustifica-

tivo más poderoso y terrible que el simple argumento del determinismo genético: *agredo como respuesta a mi frustración; si no quieres que te agreda no me frustres*; o lo que es más usual *si no quieres que agreda al débil permite que el fuerte no interrumpa mi camino*. Este argumento ha calado tanto que es muy usual explicar cualquier fenómeno agresivo (desde los linchamientos infantiles a las invasiones del ejército nazi) a partir de esta hipótesis (véase Billing, 1976).

Si admitimos la hipótesis de la frustración-agresión ¿por qué vía debe transitar la locomotora humana en busca de la desaparición de la agresividad? ¿por la vía de la desaparición de las frustraciones? Puede ser un camino abierto pero que no puede discurrir por las anchas vías del optimismo maslowiano de la auto-realización, y menos por la ingenuidad de almanaque de las múltiples formas de llegar a una especie de felicidad en la que nada nos faltará, o al bienintencionado engaño psicológico de que la dificultad en la consecución de objetivos está en nuestra falta de habilidades personales o sociales. Cuanto más insistimos en la exclusividad de la responsabilidad individual, tanto en la fijación de objetivos como en la utilización de recursos para conseguirlos, más nos desviamos del camino. Todos los estudios antropológicos demuestran que un bajo nivel de frustración correlaciona con un elevado nivel de ajuste cultural y normativo. Lamentablemente sociedades muy ajustadas, con fuertes vínculos de cohesión social, suelen ser más susceptibles al enfrentamiento intergrupar.

### *La justificación de la violencia del débil*

Una variante interpretativa de la hipótesis de la frustración-agresión es la ingeniosa y lúcida propuesta sociológica de Robert K. Merton (1949) para explicar ciertos procesos de desviación social, habitualmente violentos. La agresión sería una forma extraordinaria e innovadora de conseguir los fines y objetivos más valorados socialmente (poder, dinero, reconocimiento, etc) para aquellos individuos o grupos que no tienen acceso a las vías convencionales, las consideradas legítimas, para conseguirlos.

De esta premisa conceptual parte otra vía ciega en el camino de la reducción de la violencia. Determinados colectivos, muchas veces bien intencionados, amparar los actos agresivos de los marginados siempre que vayan contra el orden social o las capas altas de la sociedad, partiendo de la justificación mertoniana de que *es normal que delincañ pues lo que se le ofrece le genera una necesidad que no pueden satisfacer por la escasez de recursos legales para ello*. Lejos de ser una vía para la reducción de la violencia, esta actitud genera una constante retroalimentación de la conducta agresiva. El supuesto objetivo de sanción social que supone la cárcel o la marginación se ve desbordado por el reconocimiento de que, dadas sus circunstancias, no existía otra alternativa de conducta.

*Por la violencia hacia la justicia.*

Una de las críticas que se hace al modelo de la frustración-agresión, es que no explica un tipo de violencia, la instrumental, que no tiene porqué derivarse de una frustración, sino todo lo contrario. Este es un tipo de agresión que, precisamente se utiliza para evitar la frustración: tengo un objetivo, algo se pone en mi camino y actúo contra ese obstáculo de la forma que considere más eficaz. Lamentablemente la violencia suele tener una altísima eficacia, especialmente a corto plazo.

La constatación de que la mayor parte de los cambios importantes, especialmente en las relaciones sociales y políticas, pero también en las interpersonales, se han dado a partir de procesos en los que la violencia tiene un importantísimo papel instrumental, nos lleva a una de las principales claves para entender de forma cabal la dificultad de conseguir la reducción de la violencia y de paso a una de las vías ciegas más difícil de abrir. Si admitimos que la violencia es la partera de la historia ¿cómo se puede parir el cambio social en el funeral de la comadrona? (Véase Moreno, 1991b).

No existe grupo armado, ya sea ejército, célula insurgente, movimiento de liberación o cualquiera de sus variantes, que no diga aquello de que su lucha es para conseguir la paz y que su acción es inevitable para superar la injusticia. El viejo aforismo de *guerra a la guerra*, es decir, utilicemos la violencia para acabar con la violencia; está enraizado profundamente en nuestra cultura, no solamente para la justificación de la violencia política. Recientemente observé en un parque una escena que lamentablemente es muy habitual, un niño golpeó a otro cuando éste le quitaba un juguete. La madre del agresor se acercó rápidamente a su hijo y le dio una bofetada al tiempo que le decía, "así aprenderás que para conseguir las cosas no hay que pegar".

Si existe una espada de Damocles pendiendo sobre las posibles alternativas a la agresividad humana es la de la efectividad de la violencia. La división del trabajo, la diferenciación funcional, la interdependencia, las posibilidades de comunicación..., en fin, la vida moderna, nos sitúan de forma permanente ante situaciones en las que es preciso actuar. Cada manifestación de nuestra cultura es un intento por normativizar la interacción humana, su propósito es llenar la falta de orientación funcional de nuestros instintos y ofrecer alternativas a la diversidad de situaciones y conflictos a los que debemos enfrentarnos cada día. No sólo la conducta agresiva está institucionalizada sino que en el devenir humano se ha consolidado como valor, cuasi-universal, utilizable ante cualquier situación en la que se busque un cambio.

Son muchas las teorías, postulados o supuestos sociológicos y politológicos que avalan la utilización de la violencia como práctica funcional y como camino para la desaparición de la violencia. El primer postulado, el

más conocido y poco elaborado sería el de la necesidad de utilizar la violencia para mantener el orden, la paz, las costumbres, o por el propio bien de los díscolos que quieren desviarse de sus obligaciones funcionales a quienes es preciso reinsertar en el funcionamiento normal de la sociedad. El segundo sería la propuesta que el marxismo clásico hace de la utilización de la violencia como recurso temporal de los oprimidos para la superación de las diferencias de clase y de la alienación del explotado. En ambas teorías, ya sea para mantener el orden social o para modificarlo, la violencia tiene un papel central. Ambas orientaciones, aunque contrapuestas, son sumamente populares en la configuración ideológica del mundo contemporáneo, al menos del nuestro. Al mismo tiempo que se hace una justificación funcionalista de la violencia como respuesta institucional a la desviación de la norma, también se admite socialmente que a veces se debe utilizar la violencia para conseguir que las cosas cambien.

La violencia como último recurso ante la injusticia, es un argumento tan asumido que se convierte en una de las más importantes vías ciegas para la perspectiva utópica del fin de la violencia social. Si asumimos que *la violencia acabará cuando acaben las causas que la originaron* o que *no habrá paz hasta que no se consiga la justicia*, nos situamos en medio de un laberinto conceptual de difícil salida: la idea de justicia no es universal en su concepción, ni permanente en la historia, ni mucho menos objetivable de forma consensuada. Lo que sea justo o injusto depende de un gran número de factores como el poder que se tenga sobre la situación, la sensación de equidad, la distribución de recursos, la pertenencia a grupos o clases, etc. (Véase Deutch, 1985). Puesto que no todos tenemos el mismo concepto de la justicia, los conflictos derivan constantemente en brotes de violencia cuya base justificativa es el deseo de cambio hacia una situación más justa.

No pretendo, al relativizar la idea de justicia caer en la perspectiva psicologicista del *puesto que todo es subjetivo, dejemos que el mundo gire y cambiemos nuestra forma de verlo*. No se trata de sofisticar la resignación del inmovilismo, sino de reflexionar sobre aquellas vías de cambio social (de búsqueda de la justicia) que no pasen por el recurso a la agresividad.

### *Reflexión sobre las herramientas para la apertura de vías ciegas*

Este artículo no tenía otro propósito que el de reflexionar sobre la aplicabilidad de las teorías sobre la violencia. Quisiera acabar el mismo planteando tres reflexiones sobre los posibles caminos que puede tomar el investigador preocupado por la posibilidad remota de reducir los comportamientos agresivos a unos niveles soportables.

- **La efectividad:** De nada servirán los métodos no agresivos de superación de conflictos o de presión para el cambio social o la búsqueda de la justicia, si no tienen resultados apreciables. La acción no violenta precisa penetrar en el tejido social aportando alternativas que vayan más allá de la prédica

moral y la alusión a los personalísimos hitos históricos de Gandhi o Luther King. Se trata pues de utilizar la inteligencia contra la frustración y la resignación.

- **La polarización.** El efecto inmediato y remoto del grupo en la justificación de la violencia ha sido un factor que no se ha tomado como elemento central en la explicación de la violencia. La hipótesis más admitida es que el ser humano se reúne para optimizar los efectos de su impulso agresivo. En otros lugares (Moreno, 1993, 1995) he presentado lo que considero un elemento clave para entender el comportamiento agresivo: no nos reunimos para guerrear, sino que hacemos grupos que entran en conflicto y hay instituciones que explican y justifican el empleo de la fuerza excesiva cuando esto se da. El reto es, sin desvincularnos de los grupos básicos para la construcción de nuestra identidad, promover una vinculación a los grupos que no determine una acomodación funcional a las pautas que determinan la participación en hechos violentos.

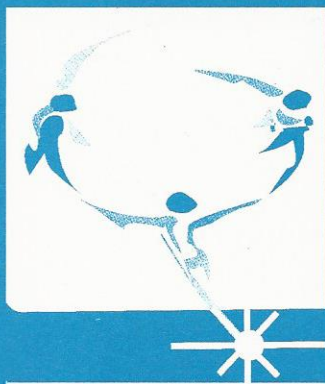
- **La acción como complemento de la reflexión.** Ligado con la proposición de la efectividad, es evidente que cuando la maquinaria reflexiva entra en calor es porque determinados colectivos, sin una base argumental o teórica precisa pero con una inquietud social activadora, se están quemando en la acción. Muchos de los planteamientos teóricos del pacifismo de los años 70 se derivaron de las desinhibidas prácticas contraculturales de los jóvenes californianos o parisinos. La posibilidad actual de no realizar el servicio militar o el cuestionamiento del ejército como institución, no han sido fruto de una reflexión académica bien argumentada, sino el resultado de la acción, inicialmente desadaptada e incomprendida, posteriormente aprobada socialmente, de grupos concretos de objetores e insumisos desobedientes con la institucionalización de las prácticas violentas. La implementación de lo que en los círculos irenológicos se conoce como cultura de la paz (Fisas, 1987), será, cuando llegue, una fructífera y dialéctica combinación de prácticas utópicas con teorías que las avalen y ofrezcan vías por donde crecer y expandirse.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bandura, Albert. (1973). *Aggression: A Social Learning Analysis*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice Hall.
- Bandura, Albert y Walters, Richard. (1974). *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Baron, R.A. (1977). *Human Aggression*. New York: Plenum Press.
- Berkowitz, Leonard. (1972). Frustration, comparisons, and other sources of emotional arousal as contributors to social unrest. *Journal of Social Issues*, 28, pp. 77-91.
- Berkowitz, Leonard. (1976). El concepto de pulsión agresiva: algunas consideraciones adicionales. EN Ignacio Martín-Baró. *Problemas de psicología social en América Latina*. pp 264-293
- Berkowitz, Leonard. (1978). Whatever happened to the frustration-aggression hypothesis? *American Behavioral Scientist*, 21, pp. 691-708.
- Billing, M. (1976). *Social Psychology and Intergroup Relations*. London: Academic Press.
- Bouthoul, Gaston. (1971). *La guerre*. Paris: Presses Universitaires de France.

- Buss, Arnold H. (1969). *Psicología de la agresión*. Buenos Aires: Troquel.
- Comstock, George; Chaffe, Steven; Katzman, Natan; McCombs, Maxwell y Roberts, Donald. (1978). *Television and Human Behavior*. New York: Columbia University Press.
- Deutch, Morton. (1985). *Distributive justice: A social psychological perspective*. New Haven: Yale University Press.
- Dollard, John; Doob, Leonard; Miller, Neal; Mowrer, O.H. y Sears, Robert. (1939). *Frustration and aggression*. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- Eibl-Eibesfeldt, I. (1977). *El hombre preprogramado*. Madrid: Alianza Editorial.
- Fisas Armengol, Vicenç. (1987). *Introducción al estudio de la paz y de los conflictos*. Barcelona: Lerna.
- Freud, Sigmund. (1932). Why war. *Standard Edition, Hogarth Press, T. 22, pg 208*. London, 1964
- Genovés, Santiago. (1991). *Expedición a la violencia*. México: Universidad Autónoma.
- Hacker, Friedrich. (1973). *Agresión*. Barcelona: Grijalbo.
- Franco, S. (1990). *La violencia: un problema de salud pública que se agrava en la Región*. Organización Panamericana de la Salud.
- Kendell, R. E. (1973) The relationship between Agresion and Depression. EN M. Lander y R. García. *Aspects of Depression*. Barcelona: Sadagcolor.
- Lambert, John. (1989). *Psicología Social*. Madrid: Pirámide
- Lorenz, Konrad. (1969). *L'agresión*. Paris: Flammarion (tr. esp. Sobre la agresión: el pretendido mal. Madrid: Siglo XXI, 1972).
- Martín-Baró, Ignacio. (1983). *Acción e Ideología Psicológica. Social desde Centroamérica I*. San Salvador: UCA Editores.
- Merton, Robert K. (1949). *Social Theory and Social Structure*. Glencoe: The Free Press.
- Milgram, Stanley y Shotland, Lance. (1977). Television and social behavior. En S. Milgram. *The individual in a social world*. Reading, Mass: Addison-Wesley.
- Montagú, M. F. Ashley. (1978). *La naturaleza de la agresividad humana*. Madrid: Alianza.
- Moreno Martín, F. (1991a). *La socialización bélica. Estudio empírico en Centroamérica y España*. Madrid: Editorial Complutense
- Moreno Martín, F. (1991b). *Infancia y guerra en Centroamérica*. San José: Editorial FLACSO.
- Moreno Martín, F. y Jiménez, F. (1992). Universidad, investigación y guerra. EN F. Moreno y F. Jiménez. *La guerra: realidad y alternativas*. Madrid: Editorial Complutense; pp. 9-16
- Moreno Martín, F. (1993). La polarización, el pretendido mal. *Interacción social*. Nº 3 pp: 117-132.
- Moreno Martín, F. (1995). Identidad y violencia política. EN José Antonio Younis (Ed). *Cultura, Psicología y Problemas Sociales*. Las Palmas: Nogal Ediciones. Págs: 151-164.
- Myers, David. (1993). *Social Psychology. Fourth Edition*. New York: McGraw-Hill Inc.
- Organización Panamericana de la Salud. (1993). *Violencia y salud*. Documento CE111/19.
- Organización Panamericana de la Salud (S.F). *Salud y violencia: Plan de Acción Regional*, (documento PAHO/HPP/CIPS/).
- Organización Panamericana de la Salud. (1996). *Normas culturales y actitudes respecto a la violencia en ciudades seleccionadas de la región de las Américas y España*. Proyecto de investigación internacional.
- Riches, David. (1988). *El fenómeno de la violencia*. Madrid: Pirámide.
- Schachter, S. y Singer, J. E. (1962). Cognitive, social and physiological determinants of emotional state. *Psychological Review*, 69, pp. 379-399.
- Sorokin, Pitirim. (1947). *Society, Culture and Personality: Their Structure and Dynamics*. New York: Harper.
- UNESCO. (1986). *Anuario de estudios sobre Paz y Conflictos*. Barcelona: Fontamara.
- Valzelli, L. (1983). La agresividad en el animal y en el hombre: factores biológicos y socioambientales. En C. Ballús. *Psicobiología*. Barcelona: Herder.
- Wilson, Edward O. (1975). *Sociobiology. The new synthesis*. Cambridge, Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press.

# Energía, carácter y sociedad



Año XIV.  
Nº 20  
Vol. 14  
(1 y 2).  
Págs. 1-224  
1996

## LA ACTUALIDAD DEL PARADIGMA REICHIANO

Revista semestral de ciencia, cultura y clínica orgonómica  
de la Escuela Española de Terapia Reichiana (Es.Te.R.)

### **DIDACTICA:**

**La I.F.O.C. y el paradigma reichiano** *Xavier Serrano Hortelano.*

**El papel del terapeuta respecto a la descarga emocional.** *Fernando Ortiz Lachica.*

**Contribución para el estudio de casos clínicos según el principio orgonómico.** *Maria beatriz Thomé De Paula.*

**La locura: mito o enfermedad social.** *Xavier Serrano Hortelano.*

**Desertización y orgonomía.** *Manuel Redón Blanch.*

**Lo existencial y lo trascendental durante el proceso terapéutico .**  
*Xavier Serrano Hortelano.*

**Necesidades sexuales en la infancia y la adolescencia.**

*Joan Vilchez Cambroneró .*

**El lenguaje durante la fase oral: Investigación en una niña.**

*Ana Biurrún y Cristina Izura.*

### **OPINION :**

**Identidad y lenguaje .** *Pascual Pont Martínez.*

**Una revolución de los sentimientos y la conciencia.** *Julia Rodríguez Cambroneró .*

**La luz en la oscuridad. La oscuridad en la luz..***Luz Alvarez*

**Entrevista con el colectivo educativo libertario Paideia.** *Julia Rodríguez Cambroneró .*

**Explicaciones de la violencia: Vías ciegas para la intervención**  
*Florentino Moreno Martín.*

**Cuando la violencia no siempre se ve.** *Maria Montero Ríos.*